

COINCIDENCIAS CRONOLÓGICAS

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

Quiero señalar dos hechos coincidentes en el tiempo y que merecen un comentario común. Acaba de fallecer don Federico Suárez Verdeguer, sacerdote del Opus Dei e historiador ilustre. Esto no quiere ser una nota necrológica pues su vinculación a *Verbo* ha sido nula. Yo, en cambio, le debo no poco pues su "época" es la que me ha interesado siempre y de la que he escrito algo. Me refiero, claro está, a la época a la que dedicó muchos de sus trabajos y no a sus días existenciales.

Federico Suárez, aparte de meritorios trabajos personales, creó escuela. Cosa bastante extraña en nuestra patria caracterizada sobre todo por el individualismo. Y la escuela de Historia contemporánea de la Universidad de Navarra irumpió en nuestra historiografía por decirlo gráfica y vulgarmente como caballo en cacharrería. Los viejos mitos liberales en los que abrevaban la mayoría de nuestros historiadores quedaron, si no pulverizados, gravemente tocados. Ciertamente que no fue el primero. Nombres ilustres, como los de Vicente de la Fuente, Marcelino Menéndez Pelayo, éste verdaderamente glorioso, y algún otro, ahí están. Y ahí estarán, pese a quien pese. Pero no supieron, o no quisieron, hacer escuela. Y también están los apologistas que, aunque su intento no fuera el de ser historiadores, resultan imprescindibles para la historia. El *Rancio*, Vélez, el editor de la *Colección Eclesiástica Española*...

Por los motivos que fueren, que seguro que los hay, don Federico se aburría de lo que a mí me parece es la mayor gloria de su biografía. Y aquella explosión de títulos que derrumbaban los viejos parámetros de la historia oficial, y abrían nuevas y fun-

dadas perspectivas, se agotó. Pienso que con notable quiebra de nuestra historia. Pero ahí están, como referencia inexcusable, ya para siempre.

La escuela, ciertamente, nacía con vacilaciones. Había una aportación de documentos que nadie podrá objetar. Valiosísima. Ya imprescindible. Y una nueva visión de la época. Más discutible. Pero creo que muy fundamentada. Las Cortes de Cádiz, los *agraviats*, Fernando VII... ya no se pueden estudiar desconociendo a Suárez y a su escuela.

Luego están sus escolásticos. Y ahí ya caben otras opiniones. La historia está llena de tesis doctorales que han sido, como en no pocos niños, su primera y última comunión. Tal vez el desenganche de don Federico frustrara comuniones posteriores. Dedicado a otros menesteres, tal vez más apostólicos, no sé si voluntarios o impuestos, muchas promesas se quedaron solamente en eso. Ya no cuajaron más.

Yo no voy a decir que las obras de María del Carmen Pintos, María Cristina Diz-Lois, Diem, Perlado y algún otro fueran definitivas. Ningún historiador escribe una obra definitiva. Y menos en sus años meritorios. Tal vez don Marcelino fuera la excepción que confirma la regla. Y aun así sus *Heterodoxos*, increíble aportación de juventud, tiene errores. Los escolásticos citados de Suárez prometían pero se quedaron en la nada. Ciertamente abrieron perspectivas pero, desgraciadamente, no fueron capaces de profundizarlas. Y en Perlado, el enorme cúmulo de errores que tiene su obra —ahí don Federico acredita que no se la leyó antes de imprimirla— es lícito pensar que no pasaba de un *bluff*.

De aquel vivero salieron historiadores de notable importancia. Eiras, un tanto apagado hoy en su Galicia, o quizá sea más propio decir alejado; Comellas, de obra considerable, y Cuenca. El último me parece que es hoy el gran especialista en la historia de la Iglesia española contemporánea. Campo en el que, además, no es representante único, si bien, en mi opinión, el más importante. Y sin que descuide la historia política e incluso la literaria. Y digo que no es el único representante porque, afortunadamente, ya está la obra de Cárcel, Andres-Gallego, Martí Gelabert, Pazos, Revuelta, Sanz de Diego y alguno más. Si de todos

ellos, y de don Federico, me reconozco lector agradecido y sus obras son abundantemente citadas en mis modestos trabajos, quiero dejar constancia expresa de cuánto debo, especialmente, en lo poco que sé, a don José Manuel Cuenca.

Pero el caso de Cuenca es también algo especial. Porque no sería cierto adscribirle a la escuela que inició don Federico aunque en su entorno publicara su primera obra de entidad. Fue más una coincidencia circunstancial por encontrarse en aquellos momentos de docente en la Universidad de Navarra que por una filiación historiográfica de Suárez Verdguer. Aunque tuvieran coincidencias ideológicas evidentes. Y también me parece, aunque en estas cuestiones de conciencia es muy fácil equivocarse, de no haber manifestaciones expresas de los interesados, que no ha existido vinculación de Cuenca al Opus Dei, salvo amistades personales con algún miembro de la Obra. Pero, ¿quién no tiene algún amigo del Opus Dei?

Después está otra cuestión curiosa. Al sacerdote del Opus Dei y a su escuela le interesaron sobre todo las cuestiones políticas. Al profesor Cuenca, seglar y padre de familia numerosa, las eclesiales. En lo que fue un verdadero pionero en su época. No en los estudios de historia eclesial, que existieron siempre, aunque, en mi modesta opinión, siempre escasos. Pero, en sus días, se había derivado hacia la hagiografía. Y él se empeñó en hacer historia.

Cuenca ha tratado otros aspectos de la historia contemporánea. Su libro *El Poder y sus hombres* es de referencia obligada, y muchas veces de consulta no citada, para el acontecer ministerial de nuestra patria. Yo ya me he encontrado que alguna errata, inevitable en obra de casi mil páginas y con infinitos nombres propios, los de todos los ministros desde comienzos del siglo XVIII, era asumida por algún historiador plagario como si fuera producto de sus inexistentes investigaciones. Simplemente había acudido a Cuenca, como hemos hecho tantos, aunque él sin citarle.

Pues este año se cumplen los cuarenta de la aparición de su *Don Pedro de Inguanzo y Rivero (1764-1836). Último prelado del Antiguo Régimen*. En la colección de historia que Federico Suárez comenzaba a publicar en Pamplona bajo los auspicios de la

Universidad de Navarra. Era José Manuel Cuenca un jovencísimo profesor —debía rondar los veinticinco años—, que no sé bien como recaló allí. Porque, respetuoso siempre con la religión católica, que entiendo la suya, no me parece caracterizado, como ya he apuntado, por los aspectos —los “carismas” es la palabra cursi de moda— del Opus Dei.

En alguna ocasión le leí que era esa biografía obra de juventud. Como queriendo decir que hoy requeriría matizaciones. Que es obra de juventud es evidente porque no hay más que ver la edad que tenía cuando la escribió. Pero, aun así, me parece una producción logradísima en el páramo que era entonces la historia eclesiástica y más todavía la biografía de los obispos de España. Cuarenta años después la paramera continúa aunque ya van apareciendo trabajos interesantes.

Mi opinión personal es que, aun hoy, se trata de una de las mejores biografías episcopales de la época. Ahora no me viene a la mente la de ningún otro obispo de los de entonces que la supere. Incluyendo a López Aydillo, Ezenarro y algún otro. Ojalá se decida a reeditarla incrementada con todos los saberes que ha ido acumulando después. Inguanzo se lo merece.

Cierto que quien terminó sus días como cardenal primado de España tuvo un protagonismo político indudable. Su último cargo eclesial lo imponía y, además, se le quiso instrumentalizar por el oficialismo en apoyo de la niña que Fernando VII se empeñó en que fuera su sucesora en el trono de España. Inguanzo estaba en otro lugar y esas presiones y amenazas amargaron sus últimos días. Y también fue diputado, y relevante, en las Cortes de Cádiz. Y autor de algún trabajo importante sobre cuestiones debatidas en la época que tenían no poca carga política. Pero todo ello fueron marginalidades en su vida. Él se quiso eclesiástico. Y eso fue sobre todo. Y un más que notable obispo en aquella época de obispos notables: el cardenal Quevedo y Quintano, los arzobispos Arias Teijeiro, Simón López, Vélez, el cardenal Cienfuegos...

El libro de Cuenca sobre Inguanzo, desgraciadamente no reeditado actualizado, o, simplemente, en su versión originaria, fue, y sigue siendo, excelente. Quien lo haya leído, o lo lea, conoce-

rá mejor la historia de España y la historia de la Iglesia en España. Y a una figura insigne de ambas historias.

Vaya, pues, desde aquí, mi testimonio de agradecimiento a don Federico Suárez por su labor historiadora y un llamamiento al profesor Cuenca para que reedite, ampliada, su biografía del último cardenal primado del Antiguo Régimen. Porque a otros trabajos no es preciso animarle. El se encarga solo de dar a la imprenta infinidad de libros y de artículos que le acreditan como a uno de nuestros más excelentes historiadores.